plorable es el error, y mas llenos de amor y de ca

LIII.

MEDITACION

DE LA CONDUCTA DEL CONFESOR CON RESPECTO A SUS PENITENTES.

Adoremos á Jesucristo, enseñándonos en la parábola del Samaritano la conducta que los directores y los pastores deben observar en el santo tribunal. Quiere que derramen el aceite y el vino sobre las llagas espirituales; es decir, que se manifiesten con cierta dulzura y firmeza en los avisos y consejos que dan á las almas que dirigen. [1] No perdamos de vista esta leccion saludable, y hagamos siempre de ella la regla de nuestra conducta con respecto á los que nos honran con su confianza. Consideremos: primero, cuán necesario es á los confesores unir la dulzura á la firmeza; segundo, en qué se funda esta práctica.

1. Si el Samaritano hubiese derramado solamente el aceite, símbolo de la dulzura, en las llagas del enfermo que trató con tanta caridad, lo hubiera en verdad aliviado, pero no curado; mas

en la cual marchan los unos al frente de todo el

añadiendo el vino que representa la firmeza, purificó sus llagas y las cicatrizó. Así, pues, en el santo tribunal debemos reunir la dulzura á la firmeza; es preciso recibir y tratar con bondad al pecador, exhortándole á poner toda su confianza en los méritos infinitos de Jesucristo, que es el médico Omnipotente para quien nada hay incurable: *Omnipotenti medico nihil est insanabile.* [2] Se animará cuando, en términos llenos de amôr y de ternura, le espongamos la escelsa virtud de su sangre preciosa que ha lavado nuestros pecados; ganaremos su corazon y su confianza y le determinaremos á seguir todos los consejos que le demos para el bien de su alma; esta práctica es muy saludable segun el parecer de San Leon. [3] Pero como la dulzura no siempre basta, es preciso añadirle la firmeza para obligar al pecador á que haga penitencia y á satisfacer á la justicia divina: este es el consejo que nos da San Gregorio el Grande: *Erga subditos suos inesse rectoribus debet et juste consolans misericordia et piè sæviens disciplina.* Un buen confesor debe tener al mismo tiempo la severidad de padre y la ternura de madre, á fin de conquistar á Dios sus penitentes; mas esta severidad no debe ir hasta el rigor, ni la dulzura degenerar en debilidad: tal es el pensamiento del citado Padre: *Miscenda est ergò tenuitas cum severitate, faciendum quoddam temperamentum ex utroque, ut neque multâ asperitate exulcerentur subditi, neque nimiâ benignitate solvantur.* ¡Oh! si todos los directores de conciencias siguiesen estas sábias máximas, ¿qué frutos de salud no produciria su ministerio? ¡Cuántos pecadores vol-

plorable es el error, y mas llenos de amor y de ca

verian á Dios! ¡qué solicitud para presentarse en el sagrado tribunal! ¡Cuántos escándalos, cuántos desórdenes cesarian en una parroquia! ¡qué celo, qué interes, qué inclinacion al bien! Por no seguir este admirable temperamento de dulzura y de firmeza, es por lo que se ve la confesion abandonada ó descuidada; por eso se oyen de parte de los fieles esas críticas amargas contra sus confesores que les halagan ó les rechazan sin discernimiento. Comprendamos hoy mas que nunca la obligacion que tenemos de unir la dulzura á la firmeza.[4]

2. Consideremos que esta sábia conducta de dulzura y de firmeza está fundada: primero, en que somos los medianeros entre Dios y el hombre. Esta cualidad nos obliga á manifestar celo para reparar las injurias hechas á nuestro Dios que nos ha confiado sus intereses. Haciendo todos los esfuerzos posibles para obtener que use de misericordia con los pecadores, debemos hacer de suerte que su honor quede vengado y su justicia satisfecha. Somos los dispensadores y no los dueños de sus gracias: no podemos concederlas á los hombres sino mediante las condiciones que nos ha impuesto. No ejercemos nuestro ministerio sino á nombre y por autoridad de Jesucristo; debemos, pues, penetrarnos de su espíritu, que es espíritu de amor y de juicio, como dice el Profeta: *Si abluerit Dominus sordes filiarum Sion in spiritu judicii et in spiritu ardoris.*[5] Segundo, este temperamento de dulzura y de firmeza, está fundado ademas en el ejemplo de Jesucristo y de los santos. El Salvador del mundo era el mas dulce de los hombres. Recorramos, sin embargo, su Evangelio, y vere-

en la cual marchan los unos al frente de todo el

mos si jamas ha eximido á los pecadores de hacer penitencia: *Pœnitemini*, dice, *et credite Evangelio.... Nisi pœnitentiam habueritis omnes similiter peribitis.*[6] ¿Acaso este Divino médico de las almas, ha mitigado jamas en algo la severidad de sus máximas, á pesar de lo mucho que nos repugna su observancia? ¿Somos tal vez mas dulces que un San Pablo, que queria tan tiernamente á los fieles que habia conquistado á la fé, que estaba dispuesto á inmolarse por ellos? Sin embargo, ¡con qué fuerza y qué vigor reprende sus estravíos! *Quid vultis? in virgâ veniam ad vos, an in spiritu lenitatis.*[7] Tercero, en fin, si la Iglesia misma quiere que sus ministros usen á veces de dulzura y de indulgencia, exige tambien que esta dulzura sea sábia y llena de circunspeccion, y que esta indulgencia esté acompañada de fuerza y de vigor tales, que inspirando confianza al pecador, le hagan temer la justicia divina: esta es la doctrina de S. Ambrosio.[8] Abracemos, pues, estas sábias reglas, sin las cuales no puede un confesor asegurar su salvacion ni la de su penitente; y para ser constantemente fieles, imploremos el socorro de lo alto; pidamos á Jesucristo se digne concedernos esta prudencia tan necesaria en la conducta de las almas; y si tenemos la desgracia de cometer faltas en el ejercicio de un ministerio tan crítico, humillémonos delante de Dios, pongamos toda nuestra confianza en la bondad de nuestro divino Maestro; esperemos que la caridad que habremos ejercido para con los pecadores cubrirá, por los méritos infinitos de su sangre, la multitud de nuestras faltas.[9 10 11]

plorable es el error, y mas llenos de amor y de ca

1 Et appropinquans alligavit vulnera ejus, infundens oleum et vinum. Luc. X, 34.
2 S. Agust.
3 Plus ergà corrigendo agat benevolentia quàm severitas; plus exhortatio, quàm commotio; plus caritas, quàm potestas. Ep. 84, nunc. 12, ad Anost. Thess. c. 1.
4 In arcâ virga simul et manna est.... Sit itaque, amor sævus non emoliens: sit zelus, set non immoderate sæviens: sit pietas, sed non plus quàm expediat parcens. S. Greg. Mag.
5 Isa. IV, 4.
6 Marc. I, 15. Luc. XIII, 3.
7 I. Cor. IV, 21.
8 In ipsâ ecclesiâ, ubi misereri quàm maximè decet; tenere quàm maximè debet forma justitiæ. In p. CXVIII.
9 Charitas operit multitudinem peccatorum. I. Petr. IV, 8.
10 De lege tuâ miseretur, qui cum sapientiâ et justitiâ miseretur. S. Ambr. p. CXVIII.
11 Beatus ille servus, quem cûm venerit Dominus ejus invenerit ita facientem. Luc. XII, 43.

en la cual marchan los unos al frente de todo el

LIV.

MEDITACION

DEL BUEN EJEMPLO QUE UN CONFESOR DEBE DAR A SUS PENITENTES.

Admiremos, alabemos y bendigamos al Salvador del mundo, que para asegurar la salud de sus queridos discípulos y de todos los hijos estraviados de la casa de Israél, dirige todos sus pasos, santifica todas sus acciones y derrama por donde quiera el buen olor de sus virtudes: *Ego sanctifico meipsum ut sint et ipsi sanctificati in veritate.* [1] ¡Qué abundantes frutos de salud obrariamos en las almas que dirigimos, si tuviésemos mas celo todavía por nuestra propia santificacion que por la de nuestros semejantes! Para conseguirlo, tengamos sin cesar la vista fija en el ejemplo de nuestro divino Maestro. Consideremos: primero, cuánto importa que un confesor edifique á sus penitentes; segundo, qué medios ha de emplear para ello.

1. Las personas que nos honran con su confianza, tienen sin cesar los ojos fijos en nosotros; exa-

plorable es el error, y mas llenos de amor y de ca

minan nuestros pasos, nuestras palabras y todo el conjunto de nuestra conducta. Si nos ven piadosos y edificantes, se esfuerzan en seguir nuestras huellas: si, al contrario, observan en nosotros algunos defectos, gimen á veces por ellos; pero mas á menudo sucede que se alientan á perseverar en sus desórdenes. Porque los fieles se complacen, por desgracia, en hallarnos reprensibles á fin de mantenerse en sus culpables escesos. Por otra parte, se creen seguros imitándonos: *Liber laicorum vita clericorum.* [2] La conducta de un confesor debe ser tan edificante y tan ejemplar, que, como el Apóstol, pueda decir á todos los que se dirigen á él: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.* [3] Las lecciones son poderosísimas cuando uno mismo practica lo que recomienda á los demas. La voz del ejemplo es una instruccion corta, pero mucho mas eficaz que los discursos. Así, cuando un penitente ve á su confesor modesto en la iglesia, grave y reservado en sus conversaciones, exacto en el santo tribunal, enemigo del juego y de las comidas espléndidas; que ama á los pobres y está siempre pronto á socorrerles, segun sus medios; que arde en un santo celo por la conversion de los pecadores; ese penitente se siente animado de un nuevo ardor por su adelanto espiritual; recibe con respeto y sumision los avisos de su director, y tiene una confianza tal en sus consejos, que si él se lo exigiera, estaria dispuesto á hacer por Dios los mas grandes sacrificios. Estos sentimientos generosos no deben asombrarnos, dice un Padre de la Iglesia, porque Dios mismo es quien sentó este órden admirable al establecer su religion santa,

en la cual marchan los unos al frente de todo el rebaño, y los otros considéranse honrados con seguirles. [4] ¡Cuántas bendiciones derramaria el Señor sobre nuestro ministerio, si procurásemos honrarlo siempre con una vida edificante y verdaderamente sacerdotal!..... No olvidemos jamas que, elevándonos nuestro carácter sobre los otros fieles, debemos sobrepujarlos en virtud y mérito, á fin de que podamos decirle con el Apóstol: *Fratres, imitatores mei estote, et observate eos qui ita ambulant sicut habetis formam nostram.* [5]

2. Consideremos los medios que debe tomar un confesor para llegar á ser un modelo de edificacion para sus penitentes. San Pablo nos los designa en los avisos que da á su discípulo Timoteo. Que nadie te desprecie á causa de tu juventud: *Nemo adolescentiam tuam contemnat.*.[6] Esforzaos por la sabiduría y prudencia de vuestra conducta, y la regularidad de vuestras costumbres, en merecer el respeto y la estimacion de todos. Sed el ejemplo de los fieles en vuestras conversaciones y palabras; manifestad en toda ocasion una caridad tierna, una fé viva y una castidad angélica. [7] Por estas palabras vemos, que no basta distinguirnos por la práctica de una virtud; es necesario que brillen todas en nuestra conducta; nuestra vida debe ser como un cuadro fiel, sobre el que pueda cada cual ver los deberes que ha de practicar: *Forma facti gregis ex animo.* [8] El mismo apóstol, escribiendo á Tito, le dice: *In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum in doctrinâ, in integritate, in gravitate.* [9] He aquí en pocas palabras, el carácter de un buen director; no es menester buscarlo en otra

parte; el santo doctor lo pinta aquí al natural, s
doctrina debe ser pura, no solo con relacion á l
fé, sino tambien con relacion á la moral; la inte
gridad de su vida exige que sea irreprensible e
su conducta, de manera que nada pueda repren
dérsele: *Ut is qui ex adverso est, vereatur, nih
habens malum dicere de nobis.* [10] En su porte, ade
manes y discursos, ha de guardar una postura gra
ve y modesta; su esterior ha de ser tan recogido
tan compuesto, que inspire el respeto y el amo
de la piedad y de la virtud á todos cuantos le tra
ten: *Ut vitæ vitam subditis videndo denuntiet, e
grex qui pastoris vocem moresque sequitur, pe
exempla melius quàm per verba gradiatur.* [11] ¡Oh
Jesus, que sois el modelo de todas las virtudes
hacednos semejantes á vos! ¡Oh Sol de justicia
que quereis que por la santidad de nuestra vida
seamos la luz del mundo, grabad profundamente
en nuestros corazones vuestra divina semejanza
á fin de que, teniendo el pueblo fiel los ojos fijos
en nosotros, vea en nuestra conducta, como en un
espejo, lo que debe huir y lo que debe practicar
No nos rehuseis esta gracia, Señor; en ella se inte
resa vuestra gloria y la salud de vuestros hijos. [12]

1 Joan. XVII, 19.
2 Conc. Turon., 1337.
3 I. Cor. IV, 16.
4 Etenim in Ecclesiâ iste ordo est; alii præcedunt, alii se
quuntur; et qui præcedunt, exemplum se præbent sequentibus
et qui sequuntur imitantur præcedentes. S. Agust.
5 Philip. III 17.
6 S. Timot. IV, 12.
7 Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in ca
ritate, in fide, in castitate. Ibid.

8 S. Petr. V, 3.
9 Tit. II, 7.
10 Tit. II, 8.
11 S. Greg. post., p. 2, c. 2.
12 Lux gregis flamma est pastoris; decet enim dominicum sacerdotem moribus et vitâ clarescere, quatenùs in eo tanquàm in vitæ suæ speculo, plebs commissa et eligere quod sequatur. et videre possit quod corrigat. S. Greg. Mag., lib. 7, ep. 32.

LV.

MEDITACION

DEL CELO QUE UN CONFESOR DEBE TENER POR LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

Adoremos al Señor nuestro Dios, deplorando amargamente por boca de su Profeta, la culpable negligencia de sus ministros que dejan revolcarse en el vicio las almas que les están confiadas; que las ven débiles, enfermas, acribilladas de heridas, esclavas de Satanás y á punto de caer en el abismo, y no se dan pena ninguna para librarlas de tan peligroso estado: *Quod infirmum fuit, non consolidastis, et quod ægrotum, non sanastis; quod confractum non alligastis, et quod abjectum est non eduxistis, et quod perierat non quæsistis.* [1] Temblemos de ser tal vez nosotros esos pastores indiferentes, y llenémonos de un santo celo por la salud de los fieles que nos han confiado el cuidado de su alma. Consideremos que para estar animados de un santo celo por la conversion de los penitentes que dirigimos, debemos: primero, tener

sin cesar ante los ojos la conducta de nuestro divino Salvador; segundo, hacer todos los esfuerzos posibles para imitarle.

1. Nada hay tan edificante como la solicitud del Príncipe de los pastores para volver al rebaño las ovejas estraviadas de la casa de Israél. ¡Cuántos viajes, cuántas fatigas, cuántas vigilias para instruir á los ignorantes, apartar á los pecadores de sus estravíos, persuadir y conmover los corazones endurecidos! [2] Vedle sentado en el pozo de Jacob, trabajando con un celo ardiente, prudente y tierno por la salud de la Samaritana; en la casa de Simon, el leproso, recogiendo las lágrimas de la Magdalena, que su gracia habia conquistado ya; en Cafarnanum, estinguiendo en el corazon de Mateo todos los cuidados del siglo, para ponerlo en el número de sus discípulos; en Jericó, entrando en casa de Zaqueo, con el fin de asegurar la vuelta de ese hombre conmovido ya y ardiendo en deseos de ver y de oir al Hijo de Dios; y en fin, en la Cruz, arrancando al demonio una presa que tenia por muy suya, y que iba á sumergir en el abismo. ¡Oh caridad de mi Salvador! ¡Cuán admirable sois! ¿Qué fuego divino os abrasa por la salud de los pecadores? ¿Quién no se sentiria profundamente enternecido viéndoos orar, gemir, suplicar á vuestro Padre para obtener su conversion; sacrificándoos por ellos, á fin de librarlos de las ardientes llamas en que habian merecido ser precipitados? [3] ¡Cuántas veces habeis deseado juntar á vuestro alrededor todos los habitantes de Jerusalem, todos los judíos y todos los hombres, que son vuestras criaturas y vuestros hijos, como la

gallina reune y junta sus polluelos bajo sus alas! Necesario fuera poder entrar en vuestro corazon sagrado para medir y comprender toda la estension de su caridad por la salud de los hombres culpables que ultrajan vuestra infinita misericordia: con razon, pues, el grande Apóstol esclama: *Charitas Christi urget nos.* [5] [6]

2. Consideremos que un confesor debe recordar que el Hijo de Dios no le ha colocado en el santuario ni le ha confiado la guarda de las almas que rescató con el precio de su sangre, sino á condicion de que seria heredero de su celo y de su caridad para con ellas: *In hoc enim vocati estis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus.* [7] Para librarlas de la esclavitud del pecado y hacerlas adelantar en los caminos de Dios, es para lo que fué especialmente escogido, dice el testo sagrado: *Elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis.* [8] He aquí la funcion importante, augusta, del director de las conciencias; y para desempeñarla con éxito, debe, á ejemplo del Salvador, no perdonar penas, ni sudores, ni fatigas; ni aun su propia vida, si la gloria de Dios así lo exige. ¡Cuántos frutos de salud obra en una parroquia un pastor animado de estos bellos sentimientos! ¡Qué de almas arranca al desórden y al infierno! ¡Ah! cuánto gozo inunda á la Iglesia, á los fieles, á los ángeles y á Jesucristo mismo! ¡Cuán grande será un dia la recompensa de este ministro caritativo y tierno para con los pecadores! ¡Oh! ¡cuánto se felicitará en el cielo de haberse sacrificado por ellos! Reanimemos nuestro valor; trabajemos por la salud de nuestros hermanos, aun á espensas de

nuestro reposo, de nuestra salud y de todo cuanto tenemos de mas querido en el mundo, diciendo con el Apóstol: *Non facio animam meam pretiosiorem quàm me, dummodo consummem cursum meum, et ministerium verbi, quod accepi à Domino Jesu.* [9] ¿Qué no hariamos por un Dios, que, despues de habernos arrancado del pecado y de la muerte, se ha dignado cargarnos sobre sus hombros y conducirnos al aprisco? [10] ¡Oh Dios mio! ¡Cuán cara os ha costado mi alma! Vos, Señor, habeis asegurado mi salud, pero ¡á qué costa! A costa de profundas humillaciones, de dolores intensísimos y de la efusion de toda vuestra sangre. Aun cuando tuviese yo mil vidas que ofreceros en servicio de las almas de mis hermanos, ni aun así podria satisfacer ni la mas mínima parte de lo muchísimo que os debo. Lleno de confusion me humillo á vuestros piés reconociendo mi miseria, y os suplico me comuniqueis vuestra caridad y vuestra ternura para con los pecadores, á fin de que pueda ganarles á vuestro servicio, abrirles el cielo y recibir yo mismo un dia de vuestras manos adorables, la corona de gloria que reservais á vuestros ministros fieles y poseidos de una santa abnegacion. [11]

1 Ezech. XXXIV, et seq.
2 Et circuibat Jesus totam Galilœam, docens in synogogis eorum, et prædicans Evangelium regni. Mat. IV, 23.
3 Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. Joan. X, 11.
4 Quotiès volui congregare filios tuos, quemadmodùm gallina congregat pullos suos. Mat. XXIII, 37.
5 II. Corint. V, 14.
6 Non frustra fatigatur virtus Dei, non enim frustra fatigatur, per quem fatigati recreantur; non enim frustra fatigatur, quo

desserente fatigamur, quo præsente firmamur, fatigatur tam Jesus, et fatigatur ab itinere, et sedet; et juxta puteum sedet et horâ sextâ fatigatus sedet..... tibi fatigatus est ab itine Jesus. S. Ag., tract. 15, in Joan.

7 I. Petr. II, 21.

8 Joan. XV, 16.

9 Act. XX, 24.

10 Domine, eduxisti ab inferno animam meam; salvasti me descendentibus in lacum. Psal. XXIX, 4.

11 Et cùm apparuerit princeps pastorum, percipietis immarcesibilem gloriæ coronam. I. Pet. V, 4.

re que al Señor le llameis vuestro Dios, si no te-

LVI.

MEDITACION

DEL AMOR QUE JESUCRISTO NOS MANIFIESTA EN LA EUCARISTIA.

Adoremos á Jesus, Esposo y Salvador de nuestras almas, que nos dió la prueba mas brillante de su caridad y de su ternura en el sacramento de su amor. A su corazon generoso no le basta quedarse en medio de nosotros, consolarnos con su presencia, sostenernos con su gracia; quiere poner el colmo á tantos beneficios, entregándonos su propio Cuerpo para alimento de nuestra alma, durante la penosa peregrinacion de esta vida: *Accipite et manducate; hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur.* [1] Permanezcamos postrados á los piés de este amable Redentor, y tributémosle mil acciones de gracias por un favor tan singular. Todos los misterios de la religion son otras tantas pruebas evidentísimas, irrefragables del amor que Jesucristo nos ha tenido; pero en el de la Eucaristía es donde ese amor divino aparece en toda su es-

desserente fatigamur, quo præsente firmamur, fatigatur tam

tension, en todo su brillo: primero, amor genero-
so; segundo, amor constante.

1. Por sincero que sea el afecto que nos tiene
los que miramos como nuestros amigos sobre l
tierra; por mas sensibles que fuesen á nuestra pro-
peridad ó adversidades, y por mas que esa adhe-
sion les moviese á interesarse por nosotros en u
caso dado; sin embargo, si fuese necesario sacrifi-
car sus bienes ó su persona, no serian bastante
generosos para sostener esta ruda prueba: es pro-
pio de Jesucristo amar así á los que le aman y
hacerse víctima de su amor. [2] Meditemos, profun-
dicemos este misterio de amor, tan bello, tan con-
solador para el alma fiel. El divino Redentor
glorioso ya y triunfante, vencedor de la muerte y
del infierno, está próximo á remontarse al cielo
¿dejarános tal vez huérfanos y privados de su pre-
sencia? ¡Oh admirable invencion de la divina ca-
ridad! Vuélvese al seno de su Padre, y permanece
entre nosotros. Para satisfacer el amor que le
abrasa, reúnense su sabiduría y su poder con el fi
de realizar la mas estupenda maravilla: instituye
el sacramento augusto de nuestros altares, y po
esta obra maestra de su ternura permanece con
nosotros, se nos une sustancialmente, nos alimen-
ta con su carne sagrada y nos hace vivir de su
propia vida: *Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro
nobis.* [3] Jesus, ese Dios de bondad, ¿pudo acaso
hacer algo mas para manifestarnos mejor su amor?
¿Acaso podia, dice San Bernardo, darnos algo me-
jor que Él mismo? *Quid enim poterat dare seipso
melius vel ipse.* [4] Y, hasta hoy, ¿qué hemos hecho
por este Dios lleno de caridad? Se nos entrega sin

re que al Señor le llameis vuestro Dios, si no te-

division y sin reserva, y aun no somos enteramen-
te suyos.... ¡Pues qué, esclama San Bernardo,
no consultando el Hombre Dios sino la ternura de
su corazon, os entrega su sangre, su vida, sus mé-
ritos para asegurar vuestra salud, y rehusaréis
daros sin restriccion á él! *Integrum te dà illi, quia
ille, ut te salvaret, integrum se tradidit.* [5] Tal es
el deber de todos los hombres, pero especialmente
de los eclesiásticos. San Francisco de Asis, ha-
blando á los religiosos de su órden, les decia con
motivo de la particular obligacion en que están de
ser absolutamente de Jesucristo: *Nihil de vobis
retinentes vobis, ut totos recipiat, qui se totum ex-
hibet.* Pidamos á este divino Esposo de nuestras
almas nos desprenda de todos los objetos terres-
tres, á fin de no tener deseos, sentimientos ni afec-
ciones sino para él: *Moriar mihi, ut tu solus in me
vivas.* [6] *Minus te amat, qui aliquid amat, quod non
propter te amat.* [7]

2. Consideremos que el amor que Jesus nos ma-
nifiesta en la Eucaristía, no solamente es generoso
y sin reserva, sino tambien universal y constante.
Al instituir el adorable sacramento de nuestros
altares, este divino Salvador invita á todos los
hombres á que participen de él. Recibid, dice, y
comed todos el pan celestial que yo os presento:
Accipite, et comedite. [8] Y embriagaos con la san-
gre preciosa que hace germinar á las vírgenes: *Et
bibite.* Venid todos á mí, añade, venid quien quiera
que séais, grandes ó pequeños, ricos ó pobres, sa-
bios ó ignorantes: *Venite ad me, omnes.* [9] Venid,
sobre todo, vosotros, levitas y sacerdotes mios,
herederos de mis humillaciones y de mis oprobios;

desserente fatigamur, quo præsente firmamur, fatigatur tam

arrojados, desechados del mundo, no os aflijais po tales desprecios; venid á mí, yo os consolaré e vuestras penas: *Et reficiam vos*. Subí al cielo á fi de regocijar con mi presencia la Iglesia triunfante pero os amo con demasiada ternura para dejar huérfanos: *Non relinquam vos orphanos*. [10] Yo e toy con vosotros, no solamente por algunos dia sino hasta la consumacion de los siglos, para se vuestro guía, vuestro sosten, vuestra vida y l prenda de vuestra felicidad: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem seculi*. [11] ¡Oh Jesu ¡qué esceso, qué prodigio de amor! Durante vues tra vida mortal no estabais presente sino en u solo punto del globo; mas ahora vuestra caridad todos los dias y á cada instante, os reproduce en to das las comarcas del universo. ¡Oh mi Salvado y mi Dios! ¡Cuánto me avergüenza, cuánto m pesa corresponder tan poco y tan mal á las demo traciones tan tiernas de ese amor inmenso que os abrasa! ¡Perezcan para siempre esos dias desgra ciados en que no os amé! ¡Oh si pudiese reun en mi corazon todos los inflamados sentimiento de los serafines que circundan vuestro trono e la celestial Sion! ¡Si pudiese al menos espresaro tan vivamente, como Agustin penitente, el pesa amargo y profundo que esperimento en este instan te de haberos amado tan tarde! Moved, cambia mi corazon, arrancad de él todo afecto estraño, abrasadlo con el mismo fuego que anima eterna mente el vuestro. ¡Horno ardiente, volcan infla mado, abríos á los deseos y á los trasportes de m alma! Para vos tan solo quiere vivir en adelante Cualquier otra vida, cualquier otro bien, cualqui

re que al Señor le llameis vuestro Dios, si no te-

otra dicha le será indiferente; bastante rica será, bastante feliz, si sabe amaros, y devolveros para siempre amor por amor: *Etiam Domine, tu scis, quia amo te*. [12 13 14]

1 I. Cor. XI, 24.
2 Majorem hâc dilectionem nemo habet, ut animan suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV, 13.
3 Ephes. V, 2.
4 Conc. VIII.
5 Serm. VIII.
6 S. Ag. Serm. 122, de temp.
7 S. Ag. Conf. c. 29.
8 Mat. XXVI, 26.
9 Ibid. XI, 28.
10 Joan. XIV, 18.
11 Mat. XXVIII, 20.
12 Joan. XXI, 15.
13 Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos. I. Joan. IV, 19.
14 Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema. I. Cor. XIX, 22.